



Valor humanizador del trabajo

Pedro Trigo, s.j.*

¿Cuál sería el equivalente actual de la Carta de Arias? ¿Qué tendría que decir hoy la Iglesia en Venezuela respecto de la situación actual del trabajo y de los trabajadores?

El método que seguiremos será usando los contenidos de la Carta (que antes han sido expuestos y que por cierto, nos parecen vigentes) iremos por partes, exponiendo los énfasis que juzgamos habría que hacer hoy, más aún, lo que pensamos que Dios quiere que no dejemos de decir. No pretendo ensayar una Carta Pastoral ya que yo no soy obispo sino teólogo.

HORIZONTE CRISTIANO DEL TRABAJO HUMANO

¿Cómo formularíamos hoy esta Carta, tratando de encontrar una equivalencia dinámica? Respecto de la perspectiva, tenemos que decir que también a nosotros nos parece conveniente subrayar de entrada que no compete a la Iglesia ni dar pautas técnicas ni dirigir los asuntos económicos ni sociales, pero que sí le incumbe medir las realidades históricas con el parámetro del Evangelio.

EL CRISTIANISMO SE REALIZA EN LA VIDA HISTÓRICA

Lo que tendríamos que añadir a la Carta es que sí es propio de la responsabilidad de los cristianos hacerse cargo de estos asuntos desde la perspectiva cristiana. O, dicho de otro modo, que la realización cristiana no tiene como escenario el templo sino la vida histórica en toda su complejidad. El plan de Dios, revelado en Jesús, es que nos atrevamos a vivir de su amor como verdaderos hijos suyos. Si lo hacemos, al apoyar en él la vida confiadamente, nos liberamos de la avidez de hacernos a nosotros mismos y por tanto de considerar a los otros como meros competidores en una lucha sin cuartel. Esta confianza básica nos da holgura vital para buscar ordenadamente lo conveniente para la vida y para considerar a los demás como hermanos en el mismo camino, en los que no queremos descargar nuestras responsabilidades y con los que entramos en una relación de emulación constructiva y de colaboración simbiótica.

Así pues, la fe en que Papadios se cuida de nosotros, la esperanza en construir un mundo donde habite la justicia, y la caridad hacia los conciudadanos, especialmente los que más lo necesitan, se realiza en la vida histórica. No somos cristianos si nos limitamos a ceremonias y ritos sagrados y a una estricta moral familiar, y nos desentendemos de hacer todo lo que esté de nuestra parte para que la vida económica, política y social

¿Cómo formularíamos hoy esta Carta, tratando de encontrar una equivalencia dinámica? Respecto de la perspectiva, tenemos que decir que también a nosotros nos parece conveniente subrayar de entrada que no compete a la Iglesia ni dar pautas técnicas ni dirigir los asuntos económicos ni sociales, pero que sí le incumbe medir las realidades históricas con el parámetro del Evangelio.

... la realización cristiana no tiene como escenario el templo sino la vida histórica en toda su complejidad.

exprese en la mayor medida posible la fraternidad de los hijos de Dios.

Tenemos que decir que esta perspectiva primordial no es puesta suficientemente de relieve por los responsables cristianos ni cultivada con la consecuencia debida por los que nos decimos cristianos. Sin embargo tenemos que felicitarnos de que el Concilio Plenario Venezolano la haya acogido con toda contundencia.

SI TODA LA HUMANIDAD VA EN EL MISMO BARCO, LA PROPIEDAD PRIVADA Y LA SOBERANÍA NACIONAL SON LEGÍTIMAS, PERO RELATIVAS

En segundo lugar, en esta época de mundialización tendríamos que añadir que hoy hemos tomado conciencia de que la humanidad es una, que la suerte de todos está ligada, que no es posible salvarse de la humanidad, que nos salvamos o perecemos todos. Más aún, que nuestra posibilidad de vida está ligada a la salud del planeta tierra, ya que formamos parte del ecosistema global que ha llegado a ser. Dios ha constituido a la humanidad como el cultivador de este ecosistema para optimizarlo.

Esta solidaridad fundamental relativiza, tanto la propiedad privada de las grandes corporaciones y de los individuos, como la soberanía de los Estados. La propiedad privada, individual y en sociedad, debe retenerse, pero no absolutizada sino como mediación del acceso de todos a los bienes indispensables y cada vez más escasos. Del mismo modo debe retenerse la soberanía del Estado, pero también como camino hacia el acceso de todos a los bienes vitales y no como privilegio de un país sobre otros ni como tutela del Estado sobre los ciudadanos.

La relativización de la propiedad privada y de los Estados, deja espacio para el desarrollo de los individuos y para que entablen de la manera más horizontal, libre y creativa redes mundiales que sean el caldo de cultivo de una futura democracia mundial¹.

EL TRABAJO NO SÓLO ES MEDIO DE VIDA SINO FUENTE DE HUMANIZACIÓN

La tercera consideración que tendríamos que desarrollar se refiere al trabajo humano. En este punto los católicos disponemos hoy de un material mucho más medular que el que dispuso Arias. Lo podemos condensar, aunque es muchísimo más amplio, en la encíclica sobre el trabajador (*Laborem exercens*) que publicó Juan Pablo II. En ella se asienta que el trabajo productivo es un aspecto fundamental del proceso de humanización, que comprende dos aspectos: tanto la propia ob-

jetivación de la persona en el acto de trabajar y en el resultado de su trabajo, como que ella acontezca en un proceso que tiene un carácter colectivo, por lo que se da a la vez la realización personal y la incorporación a un cuerpo social².

Si el trabajo concierne tan íntimamente al trabajador, eso implica que se realice de tal manera que en verdad el trabajador pueda realizarse como individuo valioso y ser social. No puede diseñarse de manera tan rutinaria, tan poco cualitativa o tan denigrante o extenuante que, en vez de realizarse humana-mente, se vacíe de contenido. Tampoco puede organizarse de manera tan poco deliberante, tan poco responsable y corresponsable que, en vez de constituir una comunidad, la empresa sea en sí una forma de violencia institucionalizada.

Podemos asegurar que hoy en muchos trabajos nada de esto se toma en cuenta. Como no se considera a los trabajadores como personas y se los paga muy poco, se les proponen tareas muy rutinarias y extenuantes. Y en esas empresas, pero también en muchas otras y a veces en contra de lo proclamado ideológicamente, en vez de instaurar una sinergia, se plantea una guerra total, ya que el monto del salario e incluso la permanencia en la empresa depende, en una medida desproporcionada, de producir más que los demás.

Hoy se glorifica al trabajo como fuente de recursos y no como modo vocacional de vida. Se propone al trabajador que se sobreexplota a sí mismo para obtener la mayor cantidad de recursos posible, para que en el tiempo libre viva como le dé la gana.

En estas condiciones es muy difícil que los trabajadores puedan constituir sindicatos como verdaderas organizaciones de base. Ni los políticos, incluido en primer lugar el Estado, ni los gerentes y dueños de las empresas están dispuestos a permitirlo. Por eso hoy apenas existen sindicatos libres, mera expresión de los trabajadores.

NI TOTALITARISMO DE MERCADO, NI FUNDAMENTALISMO POLÍTICO

Todavía otro apunte más, y es el cuarto aspecto que consideramos. Hoy vivimos en una época tan injusta y tan vacía de auténtico sentido humano, que los responsables del totalitarismo de mercado, mediante una propaganda abrumadora, nos tratan de reducir a la condición de individuos que piensan vivir desde sí, en sí y para sí, y que por eso se cierran a todo lo que va más allá de sus intereses. El bienestar poseído y también el perseguido insensibiliza ante la realidad impidiendo que la persona asuma responsabilida-

No somos cristianos si nos limitamos a ceremonias y ritos sagrados y a una estricta moral familiar, y nos desentendemos de hacer todo lo que esté de nuestra parte para que la vida económica, política y social exprese en la mayor medida posible la fraternidad de los hijos de Dios.

La relativización de la propiedad privada y de los Estados, deja espacio para el desarrollo de los individuos y para que en tablen de la manera más horizontal, libre y creativa redes mundiales que sean el caldo de cultivo de una futura democracia mundial.

des y que así se realice como ser humano responsable.

A este fundamentalismo de mercado se intenta responder con otros fundamentalismos, sean religiosos o políticos. El presupuesto es que el enemigo es tan fuerte que sólo la compactación alrededor del líder y la causa que él encarna, logrará superarlo. El peligro es tan total que no podemos permitirnos el lujo de ir construyendo consensos orgánicamente, es decir desde abajo y conservándose siempre las personas como deliberantes. Se dice que lo mejor es enemigo de lo bueno, y que por eso las personas y las organizaciones de base deben ceder ante los dictados del líder, el Estado no deliberante y el partido único.

Así pues, dominan la escena los dos polos, dos extremos contrarios entre sí, pero que tienen de común que en la práctica desconocen a la persona³.

Como se ve por lo dicho, un cristiano consecuente la tiene muy difícil en este campo. Pero, insistamos, no puede desplazar a otros campos más recoletos su realización cristiana⁴. Es grave que ni tenemos conciencia de esto ni los responsables cristianos nos ayudan en esta dirección tan decisiva. Y como muchos de ellos expresamente no quieren asumir este compromiso, tratan de compensar en vano esta defeción fundamental con el rigorismo moral en el ámbito de la moral familiar y con la propuesta de devociones espiritualistas compensatorias. No pocos grupos organizados dentro de nuestra Iglesia van en esta dirección

SI EL SER HUMANO SE REALIZA EN EL TRABAJO PRODUCTIVO, HAY QUE CREARLO, Y ORGANIZARLO DE MANERA QUE HUMANICE

Vamos a concentrar nuestra propuesta en el punto central de que el ser humano se realiza en el trabajo. No sólo en él, ya que existen otras áreas tan primordiales como el trabajo. Pero el trabajo es una fuente tan radical de humanización que sin él ni los individuos ni las sociedades se pueden realizar como humanas.

Para aclararnos de entrada en este punto, porque hay que hilar fino, precisemos que entendemos por rentabilidad la correlación entre costo y beneficio, y por productividad un modo tan sobre el promedio de organizar la producción (tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción) que se reduzcan costos y se logren productos excelentes que den más beneficios, por lo que la empresa tenga una rentabilidad alta, sin tener que recurrir a relaciones privilegiadas con el Estado, que evite la competencia o a precios



muy excesivos en un mercado cautivo, y sin recurrir tampoco al expediente fácil de producir donde los salarios sean más bajos y las jornadas de trabajo más largas y existan menos obligaciones sociales y ambientales.

Como se echa de ver, nuestro concepto de productividad, productividad humana, no equivale la que establece la dirección dominante de esta figura histórica, que recurre a los expedientes mencionados, que para nosotros debe evitar el que pretenda una productividad humana porque busca realizarse humanamente en el trabajo y no menos que también puedan realizarse todos sus empleados. Nuestra pretensión y nuestra apuesta es que empresas organizadas en base a este tipo de productividad son rentables, estables y progresivas.

EL RENTISMO IMPIDE QUE SE CAPTE EL VALOR HUMANIZADOR DEL TRABAJO

Esto no lo ven ni lo asumen ni aquellos empresarios (que son la mayoría) que sólo tienen ojos para la rentabilidad y no organizan la empresa como una comunidad productiva, creativa y corresponsable; ni el gobierno que, igual que la dirección dominante de esta figura histórica a la que dice advesar y superar, sólo concibe el trabajo que da a la gente popular como medio de acceso a un sueldo que permita sobrevivir, y que entiende al Estado como un aparato de ideologización más que como un complejo de instituciones que prestan servicios específicos a la ciudadanía y que debe medirse únicamente por la efectividad con que los presta y por el modo humano de organizarse internamente y de prestarlos al público, permitiendo que él sea corresponsable.

Tampoco captan este sentido humanizador del trabajo los ciudadanos, sean éstos empresarios, trabajadores o Estado, que aceptan el esquema del rentismo, que consiste en entender la renta petrolera como una fuente de ingresos que nos permite a los venezolanos, bien vivir sin trabajar, que sería lo ideal, bien ganar mucho más de lo que cada uno

Hoy se glorifica al trabajo como fuente de recursos y no como modo vocacional de vida. Se propone al trabajador que se sobreexplota a sí mismo para obtener la mayor cantidad de recursos posible, para que en el tiempo libre viva como le dé la gana.

produce, sea un individuo, una empresa o el Estado.

Vivir por encima de la productividad es vivir como un parásito. Y ser parásito es no ser una persona sana, una persona adulta. Es vivir en una regresión a la adolescencia, pendiente cada quien de sí mismo, de sus apetencias, como un ser de necesidades y no como un sujeto humano responsable y creador. El rentista pierde el sentido de realidad, tanto de la realidad propia como de la realidad histórica. Como decía muy agudamente Aquiles Nazoa, nos creemos modernos porque nos revestimos de los últimos adelantos, que crearon otros, y así nos ocultamos a nosotros mismos, ocultamos nuestra regresión a épocas históricas superadas.

LA PRODUCTIVIDAD EN NUESTRA HISTORIA RECIENTE

En un estudio muy acucioso sobre la productividad de la economía venezolana, Asdrúbal Baptista llegaba a la conclusión de que sólo desde 1960 a 1973 la economía venezolana había tenido productividad positiva. Eso significa que antes y después la rentabilidad de las empresas se debió a otros factores entre los que se cuentan los estímulos del Estado y los precios muy elevados, no competitivos respecto de los estándares mundiales ni siquiera con las sucesivas maxidevaluaciones.

Globalmente considerados, los quince primeros años de la democracia, tan denigrada hoy por el gobierno, no fueron rentistas. Por el contrario, lo que se propuso fue sacrificarse, pero se añadió que el sacrificio iba a ser fecundo porque la educación popular estaba a la altura de la privada más cualificada y el país estaba empeñado seriamente en un proyecto de modernización con contenido social, es decir con discriminación positiva hacia los de abajo y con apertura a la meritocracia.

Este apunte sobre nuestro pasado inmediato nos parece muy revelador porque indica que es falso decir que los venezolanos somos así. Cuando el país se pone en una dirección dinámica, la gente responde y se siente muy orgullosa de cualificarse y producir, y satisfecha también de que su esfuerzo sea congruamente compensado.

En el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez hubo avances muy significativos en cualificación y productividad en algunas áreas, entre las que destaca la industria petrolera, que no se nacionalizó como un acto retórico de recuperación de la soberanía, sino que se la puso a valer tras una década de abandono hasta llegar a la eficiencia de las más avanzadas del mundo. También el plan

de becas Mariscal de Ayacucho fue en esta dirección y logró su cometido.

Sin embargo, en este tiempo de bonanza petrolera comenzó la Venezuela saudita, es decir despilfarradora y rentista⁵. Muchos empresarios comenzaron a desligar las ganancias de la productividad, lo mismo que muchos trabajadores. El gobierno comenzó a dar obras a las comunidades en vez de implementar la promoción popular con responsabilidad de la base organizada, que había prometido Caldera en su campaña y no cumplió en su gobierno. También los sindicatos se desentendieron de la productividad, tratando de lograr ventajas incompatibles con la sana dinámica de cualquier empresa. Un número creciente de ciudadanos se concentraron en obtener entradas cientos para derrocharlas, olvidando completamente en sus vidas la dimensión de la productividad.

Con esta dinámica fue cierto que Luis Herrera recibió un país hipotecado, como lo manifestó en su discurso de toma de posesión. La evidencia de que vivíamos sobre nuestras posibilidades fue la flotación y consiguiente caída del bolívar. Pero la nueva bonanza petrolera sólo sirvió para que los que tenían más influencias saquearan el erario con el truco de Recadi. Ya a los de abajo les empezaba a ir muy mal. La impunidad era absoluta, como lo evidencia el chino de Recadi, el único preso por corrupción.

HOY NO SE EMPRENDE SERIAMENTE LA LUCHA POR LA PRODUCTIVIDAD

Hoy vivimos la misma retórica patriótica de Carlos Andrés, aunque mucho más extremada. Los mismos gestos fanfarrones hacia el exterior. Pero mucho más rentismo. Los programas emprendidos hacia la producción y los servicios populares (desde el plan Bolívar 2000 a las misiones, los núcleos de desarrollo endógeno, las cooperativas o los consejos comunales) no han reparado en costos y por eso uno tras otro van siendo abandonados o, para que no se note, sustituidos por otros, que tienen los mismos vicios. El que el Estado no haya hecho ningún intento serio de mejorar la productividad sino que por el contrario sea inauditable; más aún el que haya acabado con empresas rentables y sobre todo que esté usando métodos obsoletos como las expropiaciones en vez de analizar las potencialidades de cada sector y poner impuestos adecuados, de manera que se estimule a los productivos y se saque del mercado a los improductivos, está teniendo un efecto devastador. El que en su propio funcionamiento los criterios decisivos en cada ministerio sean político partidistas y no la efectividad y ca-

Vivir por encima de la productividad es vivir como un parásito. Y ser parásito es no ser una persona sana, una persona adulta. Es vivir en una regresión a la adolescencia...

El rentista pierde el sentido de realidad, tanto de la realidad propia como de la realidad histórica.

lidad del servicio prestado, hace perder de vista la razón de ser del Estado.

Vamos a poner un ejemplo de políticas erradas que nos sacan no sólo del mercado mundializado sino del mismo siglo XXI: es la política de no raspar a nadie. Es loable que los docentes no se restrinjan a certificar el estado objetivo en que se encuentran los alumnos y que el Estado les proponga que se haga algo por los que no siguen el ritmo del aula. Pero de ahí, a que al fin todos tienen que aprobar, hay un abismo. Obtener un título así es un engaño para el que lo saca, que se cree que es lo que no es, o que se acostumbra a vivir de apariencias, y para los que, fiados del título que ostenta, piensan que sabe. El resultado es la desmotivación conjunta de profesores y alumnos. ¿Quién se va a poner en manos de un profesional sólo de título? Ese muchacho ¿no habría podido buscar otro camino acorde a sus capacidades? ¿Quién ha dicho que todos tienen que ser licenciados? Se ha obtenido un derecho sin cumplir el correspondiente deber. Un verdadero desastre.

Pero lo mismo podemos decir de las empresas. Muchos empresarios, continuando el esquema rentista, prefieren entenderse con el gobierno dando jugosas comisiones y obteniendo ganancias más jugosas aún, antes que ajustar más dinámicamente el funcionamiento de la empresa. Otros entienden la reconversión como pagar mucho menos a los trabajadores y evitar lo más posible la carga social.

PONER CONDICIONES PARA LA PRODUCTIVIDAD HUMANIZADORA

También no pocos compatriotas se las van ingeniando para vivir sin trabajar o a lo menos sin producir, por ejemplo, poniéndose cada miembro de la familia en una misión o consiguiendo chambitas del gobierno para hacer algo por ahí o trabajar por la revolución.

La gente se las ingenia más para conseguir cómo vivir, por ejemplo en la buhonería, que para producir. Y no es que ser buhonero sea algo cómodo. Pero no es lo mismo matarse a trabajar que producir. Esto requiere una actitud personal, pero no basta con la decisión individual. Se requiere la colaboración de todas las fuerzas vivas de la nación, desde el Estado hasta los empresarios, pasando por los trabajadores, por los servicios de seguridad, salud y educación y por los medios de comunicación⁶. Hoy no se da esa colaboración. Lo impide la ideologización vigente, que desconoce a la otra mitad del país⁷. Esto es desastroso.

Pero también lo impide la pésima calidad de los servicios. El que el Estado haya perdido de vista que a él le incumbe como su primer cometido la seguridad de las personas, el que reine la impunidad y se esté diezmado a una generación de jóvenes populares, el que sea arriesgado regresar del trabajo a la puesta del sol, el que uno esté siempre expuesto a que le roben la quincena o el chequecito del mes, todo eso conspira pesadamente sobre la productividad. Ya mencionamos el problema que significa para la productividad el no raspar a nadie, pero no menos la pésima calidad de la educación básica y la falta de una educación para el trabajo a la altura del tiempo⁸.

Es cierto, con todo, que no poca gente se las ingenia para montar su empresita y consiga su nicho en el mercado y se supera y le va bien. Es cierto que, aun en esta situación de anticlímax de la productividad, hay gente que sale adelante, pero no menos hay que insistir que el ambiente no ayuda. Porque no toda la gente es capaz de montar una empresa y las que existen no invierten y por eso la mayoría no tiene un trabajo productivo⁹. Insisto que sólo un consenso de los distintos actores nacionales, sobre todo empresarios, trabajadores y Estado, nos podrá sacar del atolladero. Por eso es un gravísimo pecado no intentarlo sino por el contrario andar siempre descalificando al otro.

Insisto en la idea de que es la falta de valoración del trabajo productivo como fuente de humanización la que impide entrarle al problema de la productividad. Si se valorara al trabajo no sólo como medio sino como modo de vida, si tanto la gente que está en el gobierno como los empresarios y los trabajadores tuvieran asimilada esta virtualidad del trabajo productivo, entrarían en conversaciones tanto sobre cómo aumentar sustancialmente los puestos de trabajo productivo¹⁰ como sobre cómo organizar la empresa de manera que en efecto el desempeño concreto del trabajo humanice.

Esto no significa que el trabajo no tenga que requerir de todos modos esfuerzo metódico, creativo, interconectado y sostenido. Un ambiente humano no es un ambiente de relajo. Por el contrario ese ambiente muy chévere devalúa a los trabajadores. La humanidad hay que ponerla en que ese esfuerzo sea personalizado y no maquinal, de manera que el trabajador pueda poner en el trabajo lo mejor de sí, y que la sinergia sea de reconocimiento y emulación, y no de ponerse zancadillas y desconfiar de todo el mundo o tratarse como robots.

El consenso en que el trabajo es fuente de humanización para todos da como resultado

Concluimos con la Pastoral de Arias: “No es en la revolución, sino en una evolución armónica donde está la salvación y la justicia”.



que el trato no puede ser despótico y que correspondientemente la contraparte no puede ser la resistencia pasiva a lo que se pide razonablemente. Es decepcionante que hoy, que nos tenemos por civilizados, ocurra lo que en la antigüedad grecorromana: había muchos inventos técnicos para mejorar sustancialmente la productividad del trabajo, pero no se aplicaron en gran escala porque los dueños del capital no consideraron personas a los esclavos, y era más cómodo usar esta mano de obra rutinaria y a bajo costo. Lo mismo pasa hoy a nivel mundial y en Venezuela en el medio privado, obviamente, pero no menos de otro modo en el público, ya que el Estado considera a sus adherentes como los clientes del patriciado romano: personas sin cualificación que estaban a sus órdenes para lo que se terciara, fuera o no legal. La falta de consideración a la dignidad de las personas impide trabajar eficazmente en pro de la productividad humana.

Nos hemos animado a escribir lo susodicho no sólo por la urgencia impostergable del tema sino también porque sentimos que hay empresarios pequeños y grandes, gente de las bases del chavismo o mejor dicho del proceso e incluso algunos funcionarios que de modo intuitivo o reflejo vienen trabajando en implementar este tipo de productividad humana del que hemos hablado.

Concluimos con la Pastoral de Arias: “No es en la revolución, sino en una evolución armónica donde está la salvación y la justicia”. Ahora bien, para lograr este concierto que no está en la mente ni en el corazón de muchos de los actores, la clase obrera “tiene que luchar con responsabilidad y con decisión por la auténtica promoción obrera, para cumplir la misión que Dios le ha confiado.”

* Miembro del Consejo de Redacción

- 1 En este sentido habla el CPV de la globalización de la solidaridad (Medios 121,220)
- 2 Por eso el CPV coloca al trabajo entre los componentes esenciales del humanismo cristiano (Cultura 75) y pide difundir el concepto cristiano del trabajo (Laicos 155)
- 3 Para el CPV esta concentración privada o estatal de la economía ocurre por el desconocimiento de la dignidad de la persona e impide que la persona se realice (Cultura 79)
- 4 Al tratar del nuevo humanismo cristiano el CPV recoge la cita del Vaticano II según la cual el ser humano “queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia (GS 55)” (Cultura 74)
- 5 El CPV apunta que la renta petrolera vivida de manera rentista no ha permitido que fraguara una economía social más justa (Cultura 24, Contribución 14,17)
- 6 En este sentido expresa el CPV que hoy falta entre nosotros una cultura del trabajo (Cultura 25)
- 7 El CPV insiste que la solidaridad brota del reconocimiento recíproco del valor intrínseco de cada miembro de la sociedad (Contribución 104)
- 8 El CPV menciona las iniciativas de la Iglesia en el campo de la educación para el trabajo (Educación 57,60); pero es consciente de que hay que reforzar estas instituciones y programas (id. 157,158)
- 9 El CPV trata de las causas del desempleo y acentúa la falta de solidaridad (Contribución 15). Se refiere a su realidad abrumadora en los jóvenes (Jóvenes 34). Explora las consecuencias en las familias (Familia 26), en los procesos educativos (Iglesia-Educación 77), en el auge de la violencia (Contribución 39).
- 10 El CPV insiste en la imperiosa necesidad que tenemos en el país de crear trabajo productivo y en la responsabilidad que le atañe especialmente al Estado, aunque también a la empresa privada (Contribución 136; Cultura 85)